

La teoría de las élites políticas en Europa: el caso de Gaetano Mosca (1858-1941)

■ ■ Luis Enrique Pérez Castro*

El contexto en que se desarrolló la teoría clásica para el estudio de las élites fue particularmente significativo. Sus máximos representantes –Mosca, Pareto y Michels–, que se tratarán más adelante, estuvieron expuestos a una serie de cambios económicos y políticos que influyeron en su percepción y explicación de la realidad social. No sin un dejo de pesimismo, estos autores percibían en el cambio de siglo una modificación elemental en las formas de organización política y, por ende, en la disputa y conservación del poder.

Los intelectuales italianos, y hasta cierto punto Michels (alemán), provienen de una generación que fue incapaz “de aprehender el verdadero sentido de las convulsiones de la Europa” de finales del siglo XIX y principios del XX, pues vivieron “la decadencia de la sociedad y civilización occidentales [...] y el advenimiento de un nuevo tipo totalmente distinto de sociedad: la sociedad industrial y de masas”, momento que consideraban “el fin de una época ‘dorada’ de la civilización occidental”.¹

Efectivamente, el periodo que se extiende entre 1880 y 1914 estuvo caracterizado por una serie de contradicciones en las que, si bien el desarrollo económico e imperial fue constante, también lo fueron las crecientes inconformidades con la desigualdad social sostenidas por la clase media y, principalmente, el sector de los trabajadores. Se trató, pues, de una época “de creciente estabilidad social en el ámbito de las economías industriales” europeas, lo que “permitió la aparición de pequeños núcleos de individuos que con una facilidad casi insultante se vieron en situación de conquistar y gobernar vastos imperios”.²

Las consecuencias de ese panorama se tradujeron de maneras diferentes entre los sectores de la sociedad europea. En primera instancia, entre los círculos obreros cobraron mayor relevancia los argumentos de Marx y Engels en torno a la posibilidad –incluso inminencia–, de una sociedad igualitaria en la distribución de la riqueza producto del trabajo y la extinción de las formas de dominio de una clase social sobre otra. Fue cuando “aparecieron los movimientos de masas organizados de los trabajadores, característicos del capitalismo industrial y originados por él, [que] exigieron el derrocamiento del capitalismo”.³

En contraste, la clase propietaria transitó hacia un ocaso no en el sentido económico, pero sí en el político, puesto que gradualmente las añejas aristocracias fueron desplazadas por una clase media ilustrada y trabajadores organizados en partidos, ascenso favorecido por la experiencia de las democracias liberales propias del sistema burgués. Como consecuencia, esa minoría enfrentó una “crisis de identidad y de transformación” al grado que “su misma existencia como clase dominante se vio socavada por la transformación del sistema económico” debido a que sus “fundamentos morales tradicionales se hundieron bajo la misma presión de sus acumulaciones de riqueza y su confort”.⁴

Carasa identifica a Mosca y a Pareto como parte de ese sector aturdido por la inminente caída del *statu quo*, por lo que las interpretaciones de los autores fueron inspiradas por dicho proceso. Los califica como aristócratas de extracción liberal interesados por llevar a cabo un análisis científico de la realidad a partir de sus propias nociones culturales y políticas. Insiste en que los trabajos de los sociólogos italianos eran una advertencia para la sociedad europea frente a “las grandes utopías igualitarias sociales del momento, bien

* Licenciado en Historia, maestro en Ciencias Políticas y doctor en Filosofía con acentuación en Estudios de la Cultura por la UANL. Catedrático en la UANL y la UDEM.

1 Luz María Morán, *La teoría de las élites, Historia de la teoría política. Tomo V*. Fernando Vellaspin (Madrid: Alianza Editorial, 1993), 134 y 138.

2 Eric Hobsbawn, *La era del imperio: 1875-1914* (Buenos Aires: Crítica, 2007), 17.

3 Hobsbawn, *La era del imperio*, 17.

4 Hobsbawn, *La era del imperio*, 17-18.

fueran la socialista o bien la democrática, en las que veían un peligro consistente en que la masa acabará imponiéndose a la minoría”.⁵

En términos generales, la teoría de las élites establece la existencia de reducidos grupos de personas dotadas con características personales extraordinarias –económicas, intelectuales, metafísicas, u otras–, que les permiten tomar decisiones sobre el resto de la sociedad, carente de dichas cualidades. Para los elitistas, el devenir de la historia se define por la presencia y actuación de esas minorías, ya que de ellas depende la dirección del colectivo. Como se verá más adelante, cada teórico explicó de manera particular el origen, composición y dinámica de las élites, por lo que a continuación sólo se expondrán las coincidencias conceptuales que de los autores se desprenden.

En primera instancia, la teoría clásica de las élites sostiene la idea de que la desigualdad es natural e inherente a todas las sociedades debido a las condiciones físicas y psicológicas particulares de los seres humanos, lo que se traduce en una dimensión material: riqueza y poder político. Guiados por el evolucionismo social –aspirando a convertir la ciencia política en otra ciencia natural–, estos autores sentenciaban que los más aptos se encontrarían en condiciones de dirigir al colectivo en pro de la supervivencia general. Así, históricamente se ha constituido una división “entre grupos dominantes y subordinados como un hecho universal e inalterable, ‘observación realista’ que conduce de manera deliberada a la naturalización de la desigualdad del poder”.⁶

Por tanto, a partir de esa división “se constituye un estrato minoritario de individuos” considerados como “los más aptos (‘mejores’) para dirigir y gobernar al resto”, denominado élite, que cuenta “con una serie de atributos y habilidades personales superiores a los de la mayoría de la sociedad”.⁷ Además de las cualidades personales (liderazgo, carácter, iniciativa, etc.), esa minoría cuenta, como

conjunto, con una ventaja de tipo estratégico: la organización. A diferencia de la masa amorfa, la élite identifica entre sus miembros objetivos comunes que le permiten dirigir sus esfuerzos en una misma dirección.

Para esta teoría, la élite “es un grupo coherente, bien organizado”⁸ que “puede lograr lo que la mayoría no puede: comprensión mutua y una acción concertada”, así “el éxito y el poder de la minoría dominante radican en que es una minoría organizada en contraposición con una mayoría desorganizada”.⁹ Precisamente por esa desestimación a las masas se ha calificado a la de las élites como una teoría conservadora, no sólo por asegurar el dominio de una minoría sobre el grueso de la población, sino también por negar la capacidad organizativa, incluso intelectual, a las masas para tomar decisiones en los asuntos públicos.

En ese sentido, es evidente la polarización entre una minoría que “gobierna la cosa pública actuando con racionalidad y auto-organización” y una “mayoritaria masa irracional, orgánica y voluble” ante los cambios ocurridos en la sociedad.¹⁰ Dicha tendencia se identifica con la aversión de Mosca, Pareto y Michels hacia las teorías socialistas, las cuales asociaban con la decadencia de la aristocracia europea. Para los movimientos socialistas europeos de la segunda mitad del siglo XIX, esa decadencia era “la consecuencia lógica y necesaria de la democracia burguesa que hacía que las decisiones, en manos de unos pocos, fueran compartidas cada vez por un mayor número de individuos”.¹¹

Como parte de sus argumentos refutan la posibilidad de una sociedad igualitaria puesto que, como se señaló anteriormente, concebían una división minoría-mayoría a lo largo de la historia. Dentro de sus análisis “confesaban la imposibilidad de una igualdad teleológica, del tipo de la propuesta por el marxismo” ya que argüían “que siempre habrá una nueva élite o una diferente clase política que suceda a la anterior” rechazando “la posibilidad de una sociedad igualitaria, e incluso con la no aceptación de una sociedad de masas”.¹²

5 Pedro Carasa, “De la Burguesía a las Élites, entre la ambigüedad y la renovación conceptual”, *Ayer*, 42 (2001): 213-214.

6 José Miguel Busquets, Óscar Sarlo y Andrea Delbono. “La recepción de Maquiavelo y los neo-maquiavelistas en la Ciencia Política, con especial referencia al caso uruguayo (1957-1985)”, *Revista de la Facultad de Derecho. Universidad de la República (Uruguay)*, 38 (2015): 60.

7 Busquets, Sarlo y Delbono, “La recepción de Maquiavelo...”, 57.

8 Carasa, “De la Burguesía a las Élites...”, 219.

9 Rosendo Bolívar, “La teoría de las élites en Pareto, Mosca y Michels”, *Iztapalapa*, 23, 52, (2002): 388.

10 Busquets, Sarlo y Delbono, “La recepción de Maquiavelo...”, 56-57.

11 Hobsbawm, *La era del imperio*, 18.

12 Carasa, “De la Burguesía a las élites...”, 216.

Finalmente, un aspecto que comparten los teóricos es la idea de la circulación o renovación de las élites, entendida como la sustitución periódica de quienes integran la élite. Aunque se profundizará más adelante en el sentido que cada autor asigna al concepto, vale decir que consideran a este proceso como un elemento fundamental en sus respectivos análisis, ya que la renovación le permitirá a la élite seguir existiendo como grupo dominante, pues nuevos miembros –que acceden desde adentro o desde afuera–, ofrecerán nuevas herramientas y cualidades que aumenten las posibilidades de mantener el poder.

Una vez señaladas las características esenciales de la teoría clásica de las élites –sociedad asimétrica, minorías organizadas, circulación, rechazo a las masas y a la doctrina marxista–, hay que precisar la pertinencia de la misma para los estudios históricos. La reinterpretación sobre Mosca, Pareto y Michels desde mediados del siglo pasado cuestiona el determinismo con que aborda el asunto de las minorías en el sentido de que asume como indiscutible una relación jerárquica vertical del poder político: unos mandan y otros obedecen. Ello resulta paradójico, puesto que uno de los motivos de rechazo hacia la teoría marxista por parte de los autores revisados era, precisamente, su determinismo económico.

Como parte de esa revisión se ha catalogado a los clásicos como “neo maquiavelistas”. Estudios contemporáneos¹³ identifican a los autores referidos como herederos de Maquiavelo en el sentido de que mecanizan la dinámica de la política, es decir, entienden al poder como un instrumento de dominación de un grupo sobre otro, y hay que buscar la manera de retenerlo y utilizarlo en favor del o los detentores. Esta clasificación encuentra sustento en el de hecho de que los clásicos buscaron establecer una ley universal, al igual que las ciencias naturales, para explicar la actividad social, sentenciando que a lo largo de la historia en cualquier sociedad ha existido el dominio de una minoría sobre una mayoría.

En ese sentido, Mosca y Pareto “no fueron más allá de la descripción de una dualidad social y

no llegaron a explicar el origen, los procesos y los resultados de esa dualidad” pasando por alto “la relación de esas élites con las fuerzas sociales, su papel con el cambio político y social”,¹⁴ por lo que le valió ser considerada como una opción poco viable para el análisis social hasta, por lo menos, los años ochenta del siglo pasado. Sin embargo, las aportaciones de los clásicos han sido retomadas tanto por la ciencia política como por la historia, especialmente en las últimas dos décadas, aunque con ciertas reservas.

Estudiar la actividad política a partir de la teoría de las élites implica tomar en cuenta que ésta “representa la reacción de los valores de la vieja sociedad aristocrático liberal decimonónica” en el cambio de siglo, por lo que “no puede ser miméticamente reproducida tal como la crearon Pareto y Mosca”, ni “tampoco puede ser aplicada indiscriminadamente a cualquier periodo histórico”.¹⁵ Existe, sin embargo, la posibilidad de recurrir a algunos de sus componentes para explicar problemas en épocas diferentes a 1880-1920, es decir, fuera del contexto en que fueron concebidas. Por ejemplo, la interpretación que realizan sobre las relaciones sociales a través de mecanismos de organización política diferentes a los partidos pero que, al igual que éstos, aspiran al poder.

Por otro lado, aporta elementos para el estudio de la cultura política hasta, por lo menos, el periodo de entreguerras (1920-1940), dado que fenómenos como los fascismos, la decadencia del imperialismo y colonialismo europeos, la depresión económica de la década de los 30, y la integración de la Unión Soviética, etc., dejaron como consecuencia una nueva dinámica social e ideológica, que reestructuró la noción sobre la autoridad y el poder de los Estados.

Como puede apreciarse, la teoría clásica de las élites permite el análisis de periodos de cambios, tal como lo apreciaron en su momento los autores señalados, aunque “parece que se aplica con preferencia a épocas más restrictivas, autoritarias y menos democráticas”.¹⁶ En la URSS, por ejemplo, la añeja aristocracia zarista fue sustituida por la burocracia comunista después de la Revolución; algo similar podría decirse de casos como China (1949),

13 Véase: Carasa, “De la Burguesía a las élites...”; Morán, “La teoría de las élites”; Bolívar, “La teoría de las élites...”; y, Busquets, Sarlo y Delbono, “La recepción de Maquiavelo...”.

14 Carasa, “De la Burguesía a las élites...”, 217.

15 Carasa, “De la Burguesía a las élites...”, 215 y 224.

16 Carasa, “De la Burguesía a las élites...”, 233.

Cuba (1960) e, incluso, México (1910). Estos países tienen en común la experiencia de un sistema político autoritario, pero precedido por revoluciones en que “las antiguas jerarquías se derrumban y la posibilidad de cambio radical se presenta [con] una nueva política”.¹⁷ Del mismo modo Italia (1922), Alemania (1933) y España (1939) en sus propios contextos.

Gaetano Mosca

La trayectoria profesional de Gaetano Mosca (1858-1941) en la política italiana permite comprender, al menos parcialmente, algunos de los postulados en el cambio de siglo. Mosca se profesionalizó en derecho constitucional, por lo que tuvo muy presente los criterios legales de la organización política y gubernamental; al tiempo que se desarrolló en el área académica, como profesor en las universidades de Palermo, Turín y Sicilia, trabajó en la Cámara de diputados —en la oficina de supervisión—, a lo largo de una década; fue diputado (1909-1919) y senador (1919). Durante su estancia en la Cámara, mantuvo vínculos con miembros del Partido Liberal Italiano, pero también con intelectuales que se integraron a las filas del fascismo en la década de los años 20, aunque manifestó por escrito su rechazo hacia el gobierno de Benito Mussolini.¹⁸

Su obra escrita, realizada entre 1884 y 1937, evidencia sus inclinaciones ideológicas de tipo liberal-antidemocrático. Si bien concebía a la libertad —de prensa, de asociación y de pensamiento—, como elemento indispensable para el desarrollo nacional, consideraba que la democracia no era una garantía para lograr aquella condición; dudaba de que la población realmente tuviera la posibilidad de elegir a sus gobernantes ya que, independientemente de la corriente política a la que pertenecieran los candidatos, éstos manipulaban la decisión de los electores mediante el uso de la demagogia. Aun así, percibió en la democracia un mal menor que permitía la sustitución periódica de gobernantes.¹⁹ En este sentido comienza a vislumbrarse la noción de un grupo que accedía al poder a costa del voto popular.

17 Alan Knight, *La Revolución cósmica. Utopías, regiones y resultados. México 1910-1940*, (México: FCE/ITESM, 2013), 151.

18 Véase: Bolívar, “La teoría de las élites...”; Isidro Cisneros, “Gaetano Mosca: la clase política y la minoría gobernante”, en *Norberto Bobbio. De la razón de Estado al gobierno democrático* (Guadalajara, Jal.: Instituto Electoral y de Participación Ciudadana del Estado de Jalisco, 2014), 158-169.

19 Cisneros, “Gaetano Mosca”, 2014.

Al igual que otros intelectuales del siglo XIX, Mosca identificó en las ciencias naturales un modelo que permitiera el análisis social buscando “leyes generales” sobre el comportamiento humano. Mediante el uso del método histórico-comparativo, el teórico italiano “descubrió” que la distribución del poder político es desigual en todas las sociedades, en cualquier momento de la historia. Sin importar la forma de gobierno —democracia, aristocracia, monarquía, etc.—, siempre ha existido una minoría dominante que se encarga de ejercer el poder político sobre una clase mayoritaria que acata los mandatos de aquélla. A ese reducido sector lo nombró clase política o gobernante, la cual:

[...] es siempre la menos numerosa, realiza todas las funciones políticas, monopoliza el poder y goza de las ventajas que ello trae consigo; mientras que la segunda [clase, la mayoría], más numerosa, es dirigida y regulada por la primera, de un modo más o menos legal, ya más o menos arbitrario y violento, y ella le provee, al menos aparentemente, de los medios materiales de subsistencia y de aquellos que para la vitalidad del organismo político son necesarios.²⁰

Debido a que lo que está en juego es el ejercicio del poder, la organización y el funcionamiento regular de la sociedad, Mosca justifica la existencia de esta dualidad jerárquica gobernantes-gobernados. No todos pueden mandar, pero la mayoría tiene que obedecer; la pregunta que naturalmente se desprende de este postulado es ¿quiénes pueden gobernar y quiénes no? El autor señala que cada sociedad a lo largo de la historia ha identificado características especiales en algunos de sus miembros, reconociéndoles la capacidad —moral, intelectual y/o material—, de tomar decisiones por el resto. Estas cualidades pueden ser de tres tipos: el valor guerrero, la riqueza monetaria o el sacerdocio.

En la antigüedad, quienes poseían la capacidad militar con mayor facilidad accedían al poder político puesto que, en teoría, responderían de forma acertada frente los problemas colectivos. Eventualmente, esta minoría guerrera adquirió prácticamente el control sobre las tierras y sus productos, transformándola en un sector privilegiado

20 Gaetano Mosca, *The ruling class* (New York: McGraw-Hill Book Company, 1939), 50. Traducción propia.



Gaetano Mosca

económicamente. Ahora la riqueza, asociada a un sentido de responsabilidad, buena administración y prosperidad, sería el factor decisivo en la integración de la élite.²¹ En esa etapa de transición, la propiedad privada se vuelve el eje fundamental de la vida social, por lo que las leyes, la justicia y la autoridad girarán en torno a los propietarios. Así, “la organización política, que nosotros conocemos como *Estado feudal*” muta a uno “esencialmente diferente, que para nosotros será denominado *Estado burocrático*”.²²

Como otros científicos sociales de la época, Mosca entiende al Estado a partir de las relaciones de poder y autoridad; en su caso, las cualidades en los miembros de la élite determinan la forma del Estado. Siguiendo este criterio, el autor italiano destaca la presencia de una aristocracia sacerdotal, en algunas sociedades tradicionales, que acceden a una parte tanto del poder político como de la riqueza. Sin embargo, destaca el hecho de los sacerdotes “no sólo desempeñan oficios religiosos, poseen

el conocimiento legal y científico, y representan la clase intelectual más elevada”; por lo anterior, esas jerarquías “tienden a monopolizar el conocimiento y obstaculizan [los medios] de aprendizaje”.²³

Aunque Mosca hace referencia a sociedades tradicionales, propone trasladar ese criterio a un contexto más contemporáneo en el que la formación profesional es un medio regular para acceder a puestos políticos. Además de tener cierto control sobre la información y el conocimiento, la minoría dominante procura generar herramientas que les permitan cumplir funciones específicas en la administración pública. La educación formal, entonces, se convierte en una ventaja estratégica para quienes pretenden incorporarse o permanecer a la élite política de sus respectivas sociedades. Si bien “la clase que aplica los avances de la ciencia moderna a la guerra, a la administración pública, a las obras, y a la sanidad pública ocupa una posición políticamente relevante”, con mayor ventaja se encuentran “los abogados que conocen la legislación complicada [...] máxime aquellas nociones jurídicas” que rigen la dinámica social en todas sus dimensiones.²⁴

Pese a la identificación de cualidades específicas en sus integrantes, la élite no pervive sólo por este único elemento. En contraposición a las “masas”, esta minoría gobernante cuenta con una capacidad de organización que le permite llevar a cabo metas comunes. Mientras que las mayorías se encuentran dispersas, la élite logra encontrar puntos de acuerdo, para con ello establecer estrategias, administrar recursos, alcanzar el poder y ejercerlo en conjunto. Por tanto:

[...] Está la prevalencia de una minoría organizada, que obedece a un único impulso, sobre la mayoría desorganizada, que se encuentra en una situación que llamaremos pasiva. La fuerza de esta minoría es irresistible frente a cada individuo de la mayoría, el cual se encuentra aislada ante la totalidad de la minoría organizada; al mismo tiempo se puede decir que ella se encuentra organizada por la razón de ser minoría.²⁵

21 Bolívar, “Las élites políticas...”; y Luis Blacha, “¿Élite o clase política? Algunas precisiones terminológicas”, *Revista THEOMAI*, 12, (2005): s/p.

22 Mosca, *The ruling class*, 57. Traducción propia.

23 Mosca, *The ruling class*, 59. Traducción propia.

24 Mosca, *The ruling class*, 60. Traducción propia.

25 Mosca, *The ruling class*, 53. Traducción propia.

La coordinación de la que habla Mosca se logra a través de lo que denomina *Fórmula política*, la cual permite afinidad entre sus integrantes. Este postulado se entiende como “aquellas inspiraciones culturales, religiosas, económicas, etcétera, de carácter ideológico” que constituyen el “principio de soberanía y legitimación de una clase política que se sustenta en ellas”.²⁶ Así pues, la élite es una minoría integrada por personas intelectual y materialmente capaces de asumir el control del gobierno, organizada a partir de supuestos que garantizan su cohesión como grupo. Aún con estas ventajas, aparentes o reales, la clase política requiere la colaboración de otros individuos para ejercer el poder en una sociedad; aunque Mosca no les asigna un nombre o etiqueta, bien podría tratarse de la burocracia.

De forma un tanto despectiva, afirma que todo jefe de Estado “no podrá gobernar sin el apoyo de una clase numerosa para que sus órdenes sean seguidas y respetadas, y él pueda hacer sentir el peso de su poder”.²⁷ Esa capa proviene de la clase media, es decir, individuos que tuvieron los medios para acceder a una educación universitaria, desarrollando habilidades en la administración y se desempeñan en diferentes puestos públicos, regularmente designados por el gobernante.

Otro de los componentes en la teoría de Gaetano Mosca es la idea que toda élite política se vuelve con el tiempo hereditaria. En un primer sentido, una familia en particular puede llegar a ser tan cohesionada que lograr permanecer varias generaciones a cargo del gobierno, por lo que se trata de una aristocracia de sangre. También existe la posibilidad de que una élite mantenga el poder a través de las elecciones, permitiendo que su influencia traspase periodos formales de gobierno; en este caso es una élite democrática, debido a que es “elegida” por el pueblo por su experiencia previa. Independientemente de la forma en que se instaure la élite, buscará la forma de legitimar su existencia apelando a “orígenes sobrenaturales o, por lo menos, diferentes y superiores a aquellos de las clases gobernadas” pues toda clase gobernante con estatus *de facto* “tiene a justificar su poder [...] apoyado en principio moral de orden general”, y así establecer un estatus *de jure*.²⁸

26 Morán, La teoría de las élites, 169.

27 Mosca, *The ruling class*, 51. Traducción propia.

28 Mosca, *The ruling class*, 62. Traducción propia.

En última instancia, “antes de proclamar su derecho exclusivo y hereditario al poder”, la élite debió previamente tener “bien sólido en sus manos el bastón de mando, debiendo monopolizar absolutamente todas las fuerzas políticas de la época y del pueblo en el cual se afirmaron”, ya que de otro modo “hubiera suscitado protestas y luchas sangrientas”.²⁹ Sin embargo, sus cualidades, organización, jerarquía y legitimación podrían, por diferentes circunstancias, debilitarse o definitivamente perderse, motivo por el que los miembros de la élite se encuentran en un constante estado de tensión. Por ello, una marcada exclusividad puede significar la caída de la minoría, siendo sustituida por un nuevo grupo con una estructura más sólida.

Por esta razón, Mosca insiste en que la renovación al interior de la clase política es el camino más adecuado para garantizar una permanencia prolongada en el poder. Una vez consolidado su dominio, la élite debe incorporar nuevos elementos procedentes de la “masa”, que representen la variedad de intereses sociales para actualizar la dinámica interna del grupo frente a los cambios estructurales: aumenta la importancia del tipo de conocimiento, crisis religiosa, cambios en el sistema económico (origen de la riqueza), una nueva tendencia ideológica, etc.³⁰ A fin de cuentas, si una élite decae, otra llegará para sustituirla con su propia dinámica interna, composición, fuente de legitimidad y medios de renovación (democrática o no); cada época histórica ha contado y contará con su propia minoría dominante puesto que “sin ella no se podría gobernar la sociedad”.³¹

29 Mosca, *The ruling class*, 62. Traducción propia.

30 Mosca, *The ruling class*, 62. Traducción propia; Morán, La teoría de las élites; Carasa, “De la Burguesía a las Élite...”; y, Blanca, “¿Élite o clase política? ...”

31 Blanca, “¿Élite o clase política? ...”